

Violencia y Construcción de la Masculinidad y la Femenidad

*Carmen Teresa García**
*Blanca Elisa Cabral***

Resumen

Dentro de los elementos claves en la conformación de la identidad de género, la cultura de la violencia constituye un eje a partir del cual se construye la masculinidad y la femineidad.

Desde una perspectiva interdisciplinaria (sociológica y psicológica) analizamos en primer lugar, datos hemerográficos y entrevistas no estructuradas a mujeres maltratadas en la ciudad de Mérida, (90-97), que muestran una violencia diferencial: hacia los varones que la ejercen y viven en el "espacio público" y hacia las mujeres que generalmente la viven y se ejerce en el "espacio privado"; en segundo lugar, realizamos un análisis cualitativo funda-

* Socióloga (UCAB) Grupo de Investigación de Género y Sexualidad (GIGESX). Profesora-Investigadora de la Universidad de Los Andes Mérida Venezuela. Telefax 58-74/632966/401851/403960 email: ctgarcia@cien.ula.ve

** Psicóloga Clínica (UCV), Sexóloga. Grupo de Investigación de Género y Sexualidad (GIGESX). Profesora-Investigadora de la Universidad de Los Andes Mérida Venezuela Telefax 58 -74/401851/401981. Telf. 074-621103 e-mail: blancaelisa7@cantv.net

mentado en el modelo de socialización diferencial internalizado dicotómicamente por hombres y mujeres bajo la norma sociocultural vigente.

Finalmente, presentamos una propuesta de educación para la igualdad hacia el desarrollo de una cultura sin violencia.

Términos claves: violencia, género, masculinidad, feminidad

Abstract

Within the key elements in relation to gender identity formation, the violence culture constitutes the axis from which masculinity (to be male) and feminity (to be female) Builds up in Venezuela.

This Work analyses from an interdisciplinary point of view (Sociological and Psychological), in the first place, data from empirical research collected in Mérida (90-97), showing a particular violence towards the men who generally practice it and live it within the "privete space". In the second place, we made a qualitative analysis based on the differential socialization method dichotomically internalized by men and women under our socio-cultural milien.

Finally, we present a proposal of education for equality and for the development of a violence free culture.

Key words: violence, gender, masculinity, feminity.

La violencia como cultura dominante

Queramos ó no reconocer, la violencia se nos ha impuesto como una cultura dominante. Nuestros niños/as y jóvenes se socializan bajo el dispositivo de una violencia cotidiana que se entreteje culturalmente desde la más temprana infancia en contacto directo, vicario y simbólico con la violencia a través de sus juegos, juguetes bélicos, actividades recreativas (los medios de comunicación), deportes (lucha libre, boxeo), relaciones familiares, modelos de socialización (artistas, héroes), etc., que van construyendo su experiencia de vida.

Vivimos agudas contradicciones y conflictos sociales cuando buscamos socializar a la infancia y la juventud en conductas aceptables y no violentas, mientras crecemos y nos formamos dentro de los esquemas de género de un proceso de socialización diferencial, cuya primera manifestación de violencia simbólica son los estereotipos y roles sexuales que nos moldean de modo distinto y desigual a los niños y niñas, a hombres y mujeres con la excusa biohistórica de las diferencias sexuales.

Otra fuente de contradicciones se presenta en el aprendizaje de conductas socialmente aceptables para el grupo de pertenencia, pero

se descuidan, olvidan o transgreden valores fundamentales de una cultura para la igualdad y la paz, como la solidaridad, la cooperación, sentimiento de compromiso y responsabilidad del bienestar propio y de los otros/as.

¿Cómo queremos enseñar y corregir a nuestros/as niños/as, incurriendo nosotros mismos en flagrantes contradicciones?. Por ejemplo, cuando les gritamos...coño...no digas groserías...! ó “no le pegues a tú hermanito y, al tiempo le tiramos un zapatazo...!; les exigimos que no consuman drogas, mientras mostramos abiertamente nuestras adicciones y excesos “socialmente aceptados” o los dejamos solos, sin orientación, cariño y atención, horas enteras, ante el bombardeo de la escalada promiscua entre sexo y violencia, que parece salirse de las pantallas de cine y televisión ante la mirada fija de niños y jóvenes, mientras que las niñas y jóvenes se socializan bajo la sombra de estereotipos y roles sexuales transmitidos en las novelas o series que presentan imágenes distorsionadas de la mujer, reforzando sus creencias, conductas, roles tradicionales o representando a la heroína, la villana, la mujer objeto/símbolo sexual y todo un conjunto de héroes, heroínas y protagonistas con los cuales se identifican por aprendizaje vicario.

Otras manifestaciones de violencia frecuente la muestran los “líderes” de partidos, políticos, sindicalistas, etc., que modelan y exhiben públicamente sus agresiones hasta en los medios de comunicación; la violencia contra los/as ancianos/as que esperan en largas colas sus míseras pensiones; una economía cada vez más deficitaria con una población empobrecida, en un clima de inseguridad social, la patética situación de los niños/as de/en la calle y, ahora, como consecuencia nuevamente de los excluidos frente a la indiferencia y apatía de los gobiernos de turno. En fin, se abre cada vez más la profunda brecha de injusticias y desigualdades sociales que muestran en diferentes aristas el fenómeno multidimensional de la violencia.

La violencia es un fenómeno social complejo y una forma de relación frecuente y con múltiples expresiones, infiltradas de tal manera en el tejido social que ha terminado por invadir la vida pública y privada: los actos, el lenguaje, las relaciones, nuestras prácticas, e incluso, los resquicios más íntimos de la vida cotidiana, formando parte de la expresión agresiva de nuestras emociones (reacciones de rabia, ira, frustración, miedo, ansiedad, conflictos y diversidad de acciones, complicidades y omisiones). Se trata de una violencia inscrita y modelada en la cultura, internalizada en nuestras mentes y objetivada en prácticas sociales de relación, de tan profundo impacto en la vida

individual/interpersonal y colectiva, que se ha ido imponiendo como forma de cultura dominante.

La violencia conlleva el uso de fuerza generalmente con intencionalidad manifiesta o encubierta de someter a otro/a y ocasionar daño físico o psíquico; se manifiesta en cualquier ámbito de la vida individual y social e implica múltiples formas de expresión, pero sea cual sea su rostro, expresa daño, coacción, abuso, hostilidad, control, ataque, destrucción y, fundamentalmente, violación de los derechos humanos.

La violencia está atravesada por múltiples condicionantes que varían de acuerdo al contexto económico y sociohistórico, el cual permite delimitar algunas variables relevantes al abordar esta problemática como es la clase social, el género, la edad, la etnia, etc.; sin embargo, nos interesa destacar la violencia como un eje socializador en torno al cual se generan y reproducen situaciones de aprendizaje que facilitan y modelan la construcción de hombres violentos.

Si éste es el contexto sociocultural que hemos construido como escena, en particular nos interesa indagar cuál es la significación del género como experiencia de vida en la construcción de la masculinidad y feminidad y cuál es su pertinencia como categoría de análisis para explicar la violencia. Por ejemplo, ¿qué hemos hecho en la sociedad con nuestros niños y jóvenes que se han convertido en hombres violentos?

Aún cuando son muchas las variables intervinientes, veamos algunos de nuestros propios índices de violencia¹, que nos hace preguntar(nos) ¿Qué ha pasado para que un estado tradicionalmente apacible y tranquilo como Mérida, se esté convirtiendo en un estado inseguro? Y donde se muestran altos índices de violencia: entre 1990-1996 fueron asesinadas por su pareja (esposo, concubino y ex-novio), 40 mujeres; violadas 86 (niñas, jóvenes y ancianas) y heridas (con diferentes tipos de armas) 65 mujeres. El 98% de estos hechos fueron realizados en el hogar afectando a la mujer y a la familia según reseña la fuente.

1 En vista de las dificultades encontradas para recabar datos directamente de las instituciones, solo mostraremos en su fase preliminar sobre la violencia en Mérida los datos exclusivamente recabados de la prensa regional (Diarios: Frontera, El Vigilante y Correo de Los Andes 1990-1996). El trabajo de arqueo hemerográfico fue realizado con la colaboración de las alumnas de pregrado de Educación Preescolar y procesada por las Bachilleres Nahir Monsalve, Josefina Alarcón, Elis Andrade, Emilia Ramos y Nohelia Araque, bajo la coordinación de Carmen Teresa García.

Estos son algunos casos de los subregistros existentes de violencia doméstica y sexual, en los cuales, llama la atención, el drama íntimo, la fuerte carga emocional y las consecuencias del desajuste psicosocial, según informa la fuente (baja autoestima, miedos, inseguridad, pánico, stress, abandono, depresión, etc.) tipificaciones psicológicas que limitan el desarrollo y realización personal de la mujer víctima del impacto emocional de vivir bajo violencia dentro de su espacio privado.

La violencia doméstica y sexual es un problema social complejo que no podemos simplificarlo, aludiendo a la agresividad innata del varón o a la pasividad de la mujer; ni a patologías de hombres mentalmente perturbados, alcohólicos o drogadictos, que los librarían de toda responsabilidad; pero sí, podemos explicarla como un problema social multidimensional que se va construyendo a través del aprendizaje de un proceso de socialización diferencial basado en una lógica de desigualdad de género, que reproduce la violencia de modelos socioculturales en ejercicios jerárquico de poder.

Veamos algunos índices de violencia entre los hombres:

La llamada violencia callejera, ha dejado en este periodo en el estado Mérida, 170 hombres de diferentes edades, (con un mayor porcentaje de jóvenes) asesinados; 322 heridos y en el 99% de los casos el homicida o agresor fueron otros hombres, en su mayoría también jóvenes. Cabe destacar un caso en que la homicida fue una mujer, quien reportó haber matado a su pareja "por estar cansada de ser humillada y maltratada". En el estado Mérida el 83% de estos casos de violencia entre los hombres se ha dado en la calle, los bares, plazas, etc.

Mientras la violencia en las mujeres es vivida en su espacio privado y, generalmente, ejercida por personas conocidas con las cuales tienen estrechos vínculos afectivos; la violencia entre los varones, se recibe/ejerce en los espacios públicos.

Vemos como la violencia viene asociada a la separación ancestral y tradicional al espacio público y privado. A las mujeres se les atribuye, como lo señala BOURDIEU (1996:18) "todas las tareas domésticas, es decir, privadas y ocultas... En cuanto a los hombres, al estar situados del lado del exterior, de lo oficial, lo público, la ley, ...se arrojan todos los actos breves, peligrosos y espectaculares..." que guardan relación con el dominio, la explotación, la "violencia heroica", el "valor belicoso" y con la violencia machista. Lo que según BOURDIEU (1996:18):

"...se encuentra inscrito en las divisiones del mundo social, en las relaciones sociales de dominio y explotación que se han instituido entre los sexos y en las mentes, bajo las formas de los principios de división, que conducen a clasificar todas las cosas del mundo y todas las prácticas, según distinciones reducibles a la oposición entre lo masculino y lo femenino..."

Si bien es cierto, que los datos reportados en el presente trabajo son resultados parciales y limitados, de alguna manera, nos revelan la diferencia fundamental del modelo de socialización diferencial, bajo el cual se construye sociocultural e históricamente la masculinidad y la femineidad y las consecuencias de violencia social (violencia doméstica y sexual contra las mujeres y violencia callejera contra los hombres) derivadas de la construcción binaria de la identidad de género.

Al respecto, POAL MARCET (1993) señala que, en general, a las mujeres se les educa básicamente para el ámbito privado (doméstico, reproductivo, afectivo) y se les enseña prioritariamente a ser eficaces y permanecer en este espacio. A los varones se les educa para el ámbito público (laboral, político, científico, técnico) y se les enseña prioritariamente a incorporarse y progresar en este espacio, pero además se les prepara y exige que sean eficaces en el mismo.

Lo negativo de la socialización diferencial no son las características intrínsecas de cada espacio sino la rigidez de los modelos y las consecuencias sociales donde el espacio doméstico es infravalorado frente al espacio público. El hecho de que se eduque, a la hora actual, a cada sexo para desenvolverse eficazmente en uno de los dos ámbitos, no sólo es empobrecedor para ambos sexos en su realización como personas, sino que sitúa a las mujeres en posición desventajosa, desigual y discriminatoria respecto a los hombres.

Socialización diferencial o cómo llegamos a ser mujeres y hombres

Llevamos la impronta de una estructura jerárquica de relaciones de dominación y valoración masculina que interviene desde la estructura y funcionamiento sociocultural en la construcción de la femineidad y masculinidad, la cual deviene de una estructura social de dominación a la que subyacen las relaciones asimétricas de poder.

Cuando nacemos, varón o mujer, nos encontramos en una familia, en una comunidad o en un país determinado, pero sobre todo, nos encontramos en la sociedad (tejido social de relaciones) que para

funcionar a construido creencias, normas, costumbres, valores, expectativas, roles, leyes y modos de pensar, actuar y sentir que toda persona tiene que aprender haciéndolas suyas y, solo en esa medida, se hace ser social. Así, la persona va adquiriendo una cultura que al integrarla a su personalidad, le permite adaptarse a su entorno social. Estos son los procesos (cultural, psicológico y social respectivamente) que van conformando nuestra experiencia de vida e identidad de género al que es difícil sustraerse en edades tempranas (aunque reconocemos que el proceso de socialización es interactivo) y difícil de escapar sin caer en conflictos y contradicciones en edades posteriores.

Este proceso no es igual para niños y niñas, pues valores, expectativas y roles son distintos y transmitidos de forma diferentes, según el sexo a que pertenece cada persona y, por supuesto, varones y mujeres interiorizan mensajes y representaciones sociales diferentes que los acaban convirtiendo en personas con dos cosmovisiones del mundo, que a la larga, los va distanciando en dos subculturas que se oponen y conflictúan la relación hombre-mujer por las desigualdades sociales que genera.

Entonces, ¿qué significa ser varón en esta sociedad de clases y de estructura patriarcal anclada en las mentalidades, representaciones, actitudes y conductas de varones y de mujeres? sin desconocer que la nuestra, además, es una estructura familiar matricentrada con todas las implicaciones psicosociales y económicas que conlleva (mujeres solas, separadas, madres solteras, divorciadas, y abandonadas).

Dentro de este modelo de socialización diferencial, para el varón significa ser proveedor, servido, a responder agresivamente (tanto en sentido positivo como negativo), a entrenarse en roles activos como luchar, competir, ganar, conquistar, atacar, mirar, (bucear...), tocar, vencer... dominar, lo que significa forjar la masculinidad en torno a ejes de independencia y autonomía como persona, proveedor de familia, en ejercicio del poder, la fuerza y la violencia, es decir, dominio y competitividad.

No es de extrañar, pues, que dentro de esta construcción de roles asignados e impuestos por la sociocultura dominante, se anide una de las manifestaciones más resaltantes de la masculinidad en América Latina: el machismo, como señala FULLER (1997:36) citando a Stevens quien afirma que, "... el machismo se origina en las antiguas culturas del viejo mundo, pero el síndrome completamente desarrollado aparece solo en Latinoamérica". El machismo entendido como

exageración de rasgos atribuidos al varón por su condición sexual que otorga el privilegio de ejercer el poder y la toma de decisiones sobre la mujer, incluso sobre su cuerpo, conquista sexual y decidir sobre sus actividades y tiempo, que restringen su libertad. Todo ello, se expresa en el deseo y necesidad de posesión de la mujer a título de objeto. "El macho sería el varón hipersexuado que se afirma como tal a través del ejercicio irrefrenado de su sexualidad y a través del dominio sobre las mujeres pero sin asumir su rol de jefe de familia y padre proveedor ..." (FULLER, 1997:37) responsable y afectuoso. Si bien la violencia es la expresión más evidente del machismo, las actitudes, costumbres y conductas que subordinan a las mujeres y las relegan a un papel de segundo orden, son también generadas por esa sobrevaloración de lo masculino (Monzón citada en ARANGO, LEON y VIVEROS, 1995) que ha virilizado la cultura.

Y...dentro de este contexto sociocultural que hemos construido como escena, ¿qué significa ser mujer en una sociedad de clase, patriarcal, falocéntrica y sexista?

Significa aprender a servir, ceder, esperar, cuidar, cooperar, reproducir y, además, entrenarse en estereotipos y roles pasivos, como ser obediente, sumisa, receptiva, tolerante, bella/seductora, mostrar (se), postergar (se), sacrificarse, dejarse conquistar, etc., lo que significa construir la femineidad en torno a ejes de "servidumbre voluntaria", la entrega des/interesada a los otros, la "dependencia vital" de los otros: económica, emocional, sexual y afectivamente y el sentimiento de "impotencia aprendida" y , dueña de la culpa , cuando se atreve a salir de estos moldes y romper con los modelos tradicionales cuasi sagrados y cuasi naturalizados.

Estos modelos estereotipados aún resistentes al cambio, fijados cognitiva y emocionalmente, a la hora actual, son generadores de fracasos y limitaciones como afirma POAL MARCET (1993) a nivel social genera insatisfacción porque no socializa en base a las posibilidades, virtudes, defectos personales y limitaciones sino en base al sexo con que le tocó nacer, no logra los objetivos ni en hombres ni en mujeres, resulta obsoletos y poco adaptativos porque encasillan a las personas y, supone, prepararlas mal y acostumbrarlas a pensar, sentir y actuar parcial y fragmentariamente.

La violencia como eje en torno al cual se construye la masculinidad

Dentro de este marco referencial, ubicamos la violencia como uno de los ejes en torno al cual se construye la masculinidad. No queremos equiparar masculinidad a violencia, ni significar que la identidad masculina se constituya prioritariamente en relación con la violencia, sino que ésta se constituye en un eje articulador alrededor de la cual se moldean, condicionan y reproducen mentalizaciones (creencias, valores, prejuicios, imágenes, actitudes) y comportamientos violentos.

En la construcción de masculinidad, en tanto subjetividad como proceso en curso, el sujeto social (situado en la intersección de múltiples codeterminaciones) está inmerso en un medio ambiente social donde la violencia viene simbolizada en el ejercicio de las estrategias de poder fuertemente anclada en los discursos, patrones de conducta y prácticas sociales de la vida cotidiana. En consecuencia hombres y mujeres están en una situación de dependencia frente al orden simbólico de la violencia que se construye sobre la base de las oposiciones binarias en la cual se privilegia lo masculino sobre lo femenino. Hay una violencia de género asociada a la estructura patriarcal occidental que promueve y refuerza formas de identidades que se construyen en estrecha vinculación con la violencia.

Los niños y los hombres viven en situaciones de riesgo, modelamiento y ejercicio de la violencia más que las niñas y las mujeres, pues se le exige constantemente mostrarse como un "hombre de verdad". Que este riesgo se manifieste o no depende en gran medida de las presiones y prácticas concretas del entorno familiar, social y cultural en que se educan.

MIEDZIAN (1995: 222-223) ejemplifica muy acertadamente esta situación cuando afirma que:

"Un paseo por los parques o una mirada bajo el árbol de navidad... revelaría que mientras a las niñas se les regala muñecas, casitas, cochecitos de muñecas; que las inicia al mundo de la ternura y vínculos afectivos con los demás ...los niños reciben pistolas 'figuras de acción' como G.I. Joe, y violentos juegos de la era espacial, que los va convirtiendo en violentos..."

Esta autora señala, "sin embargo,..que padres y madres...tienen mucho miedo de que sus chicos sean homosexuales si juegan con juguetes de niñas," *como ocurrió cuando* las mujeres comenzaron a insertarse en el mercado laboral: se creía que las mujeres se "masculinizarían".

La misma investigadora, argumenta histórica y culturalmente, la correlación entre masculinidad y violencia en las sociedades occidentales. Señala que los valores de la mística de la masculinidad fomenta la violencia en los varones y cuando crecen los niños socializados dentro de esta tendencia, dependiendo del entorno socio-económico, encontrarán oportunidades para afirmar su masculinidad, poniendo a prueba su virilidad, vinculándose a pandillas, cometiendo actos delictivos violentos, participando en escapadas o en violaciones en grupos, pero también señala el hecho de que muchos hombres lleven vida esencialmente no violenta, a pesar de que viven en una sociedad que estimula y refuerza los valores de esta mística, demostrando que no existe una tendencia natural hacia la violencia. De modo que no todo hombre encaja en este modelo ni asimila, interioriza ó se identifica con los mecanismos o dispositivos socioculturales de la violencia. Lo cual habla de la identidad como un proceso abierto, contingente, histórico que se relativiza de acuerdo al contexto sociocultural. De tal manera que la identidad se pluraliza y aún entre tensiones y contradicciones hay un abanico de masculinidades (algunas articuladas a los dispositivos de la violencia).

Hacia una Educación No Sexista

Qué podemos hacer frente a esta realidad que revela, cómo la violencia en sus diversas manifestaciones y la responsabilidad fragmentaria y parcial en la que nos socializamos desde temprana infancia, son algunos de los ejes en torno a los cuales se construye nuestra manera de ser, sentir y pensar como mujeres y hombres, separados bajo un proceso de socialización diferencial, aprendido e internalizado dicotómicamente.

Si a esto se le sigue un modelo educativo (formal) también sexista y dicotómico, que ha contribuido a generar esta condición, obviamente, tenemos que iniciar una movilización personal y social de reflexión y cuestionamiento de nuestros procesos psicosociales básicos que tienen que pasar por la revisión, cuestionamiento y deconstrucción de los paradigmas sexistas de masculinidad y femini-

dad rígidos, en general, todavía vigentes y fundantes de nuestra manera de ser y estar en el mundo.

La propuesta de una educación no sexista, significa una revisión urgente de nuestro pensar, es decir, de nuestro lenguaje, de nuestras creencias, valores, actitudes, roles, expectativas, respecto a lo que debe o no asignarse, atribuirse o imponerse por el hecho de ser mujer o ser hombre.

Esta revisión, desmitificaría un estado de cosas que parecían absolutas, naturales y ancladas en la condición masculina y femenina; lo cual supone movilizar cambios que repercuten en crisis necesarias (como la que actualmente vivimos) para las transformaciones también necesarias.

Es pues, reconstruirnos (resocializarnos) a partir del hecho de ser personas, personas con derechos, responsabilidades y corresponsabilidades tanto en el espacio doméstico como en el público.

La propuesta que hacemos pasa por "una educación para la igualdad en la diferencia" una educación para la equidad de género y de una cultura no violenta, para la paz, que supone:

- La promoción e instrumentación de una educación no sexista cuya transmisión de valores y prácticas esté centrada en la igualdad de género, en la igualdad social y en la corresponsabilidad (URRUZOLA, 1994) consigo mismo/a como persona y con los/as otros/as como colectivo hacia el desarrollo de un sentido de pertenencia, respeto, solidaridad y empatía.

- Una reflexión crítica que cuestione los paradigmas tradicionales de masculinidad y feminidad en las prácticas, arraigados en la cultura que solo ha dejado insatisfacción y frustración, limitando tanto a hombres en el espacio doméstico y a las mujeres a desempeño en espacio público.

- Un proceso de deconstrucción que desmonte el discurso y práctica sexista de las instituciones socializadoras desde la familia hasta el estado, pasando por la escuela, iglesia, medios de comunicación social, ciencia, leyes, etc.

Todo ello implicaría una redefinición del proceso de socialización orientado hacia la igualdad y la paz que permita el desarrollo de las posibilidades y potencialidades de los seres humanos en cuanto personas más allá de la división sexo/género, donde se afirme y respete las diferencias. Pero reconociéndonos como afirma FACIO (1992) "IGUALMENTE DIFERENTES", diferentes biológicamente

pero, igualmente capaces, igualmente creativas/os, igualmente responsables e igualmente personas con derechos.

Bibliografía

- ARANGO. L., LEON. M. y VIVEROS. M. (1995): **Género e Identidad**. Bogotá: Edic.UNIANDES.
- BOURDIEU, Pierre: (1996): "La dominación masculina". En: **La Ventana**, Nº 3, Universidad de Guadalajara. México, pp. 7-95
- FACIO, Alda. (1992): **Cuando género suena cambios trae**. Mérida: Edic. Gaia/AEM-ULA.
- FULLER, Norma. (1997): **Identidades Masculinas**. Lima: Edic. PUC.
- MIEDZIAN, Myriam (1995): "Chicos son, hombres serán". En: **Cuadernos Inacabados**, Nº 17, Madrid: Edic. Horas y HORAS.
- POAL, MARCET. Gloria. (1993): **Entrar, quedarse, avanzar**. Madrid: Siglo XXI Edic.
- URRUZOLA, M^a José. (1994): **Educar corresponsabilidad**. País Vasco: EMAKUNDE Edic

Hemerografía

Diarios: El Vigilante, Frontera y Correo de Los Andes. Mérida 1990-1996